

Sobre la complejidad del pasado

EUROPEANMEMORIES / ENZO TRAVERSO :: 23/09/2020

El "posfascismo" describe los nuevos movimientos políticos y sociales de la extrema derecha y se distingue del fascismo de los años '30 o del neofascismo de fines del siglo XX

El historiador Enzo Traverso, profesor de la Universidad de Cornell (EEUU), es uno de los más destacados especialistas en estudios de la memoria. En las páginas siguientes responde a una serie de preguntas centradas en la memoria de los perpetradores y sus legados, el auge actual de nuevos movimientos de extrema derecha y la situación de las políticas europeas de memoria.

¿Por qué hay tan pocos estudios sobre la memoria de los perpetradores?

Hay numerosos estudios, a veces extremadamente importantes, sobre los perpetradores si piensa en las obras de Christopher Browning y Harald Welzer. La memoria de los perpetradores ha sido objeto de ficción literaria - por ejemplo, *Los Bienveillantes* (Los bondadosos) de Jonathan Littell - pero el corpus disponible de testimonios y memorias es limitado.

A los perpetradores no les gusta exhibir o recordar sus delitos y prefieren ocultarlos. Son raros los casos de "salida del armario" (por ejemplo, las memorias del general Aussaresses sobre la tortura durante la guerra de Argelia). Esto no es de extrañar. La escasez de recuerdos de los perpetradores (y, por tanto, de estudios sobre ellos) es la inversión dialéctica del papel cada vez más importante que ha adquirido el recuerdo de las víctimas en nuestras sociedades y en la memoria colectiva.

¿Cree que una política de memoria centrada exclusivamente en la víctima y no en el perpetrador puede provocar cierta ceguera hacia los delitos que se cometen actualmente?

Francamente, creo que es necesario salir de este juego de espejos y de una conciencia histórica basada en las víctimas en masa. Debemos tratar de acomodar la complejidad del pasado, que no se reduce a una confrontación binaria entre perpetradores y víctimas. El recuerdo de batallas y compromisos políticos con causas pasadas como la emancipación tiene poco reconocimiento. El siglo XX no se compone exclusivamente de guerras, genocidio y totalitarismo. También fue el siglo de las revoluciones, la descolonización, la conquista de la democracia y las grandes luchas colectivas.

Este recuerdo se ha deslegitimado hoy en día, se ha vuelto oculto y encubierto. Lo llamo la "memoria marrana", en la medida en que es una memoria oculta, subterránea, como la de los marranos en el reino de España en la época de la Inquisición. Me parece que para romper la jaula del "presentismo", un mundo encerrado en el presente sin utopía ni capacidad de mirar hacia el futuro, es necesario acomodar estos recuerdos. El recuerdo de los movimientos colectivos adquiere una dimensión anticonformista, quizás subversiva, frente a una era neoliberal dominada por el individualismo y la competencia.

Hablas de “posfascismo” para describir los nuevos movimientos políticos y sociales de la extrema derecha y distinguirlos del fascismo de los años treinta o del neofascismo de finales del siglo XX. ¿Podría explicarnos qué implica el posfascismo?

Hablo de “posfascismo” porque la nueva extrema derecha se ha distanciado del fascismo, al menos en los países donde se ha convertido en un actor importante de la vida política. A nivel ideológico, el posfascismo es muy diferente del fascismo tradicional en términos de lenguaje, organización y movilización. Ya no es fascista pero todavía no se ha convertido en algo completamente diferente y nuevo. Es una forma de transición que justifica la noción de posfascismo. Sus características dominantes son el nacionalismo y la xenofobia, especialmente en forma de islamofobia.

Hoy en día, ya no encuentra su propósito fundamental en el anticomunismo o el antisemitismo. El enfoque ha cambiado. No obstante, una gran crisis económica que implicase el desmantelamiento del euro y las instituciones europeas, etc. podría provocar un cambio de dirección y un retorno al fascismo tradicional. Por supuesto, esto también puede suceder fuera de Europa. Después de la elección de Donald Trump en EEUU, Jair Bolsonaro, un político que claramente se ajusta a todos los requisitos de un líder fascista, ha sido elegido en Brasil. Esto representa una tendencia internacional.

¿Qué políticas de la memoria serían posibles que sensibilicen sobre los peligros de la extrema derecha actual sin recurrir a banalizar el fascismo con comparaciones obsoletas?

Todos los políticos del establishment estigmatizan a la extrema derecha, pero a menudo legitiman su retórica. Si aceptamos la idea de que construir Europa implica adoptar políticas de austeridad, que las limitaciones impuestas por los mercados son indiscutibles, que hay demasiados inmigrantes y que los ilegales deben ser deportados en lugar de legalizados, que el Islam es incompatible con la democracia occidental y que el terrorismo debe combatirse mediante leyes de excepción que reduzcan las libertades civiles, como todos nuestros gobiernos han estado diciendo durante diez años, entonces la extrema derecha prosperará.

Para detener su avance, es necesario primero tener una discusión real y decir la verdad. Recibir inmigrantes y refugiados es un deber moral, en la medida en que millones de europeos emigraron y huyeron de regímenes autoritarios en los dos últimos siglos; y una necesidad social, en la medida en que los necesitamos tanto por razones económicas como demográficas. En una era global, nuestras sociedades no pueden sobrevivir como entidades cerradas, étnica y culturalmente homogéneas.

En términos de políticas de memoria, tenemos que reconocer que el fascismo del siglo XXI es muy diferente al de los años treinta. La lección que deberíamos inferir de la historia es que las democracias son perecederas y pueden ser destruidas. En los países que han experimentado el fascismo, estoy pensando en Italia, Alemania, España y algunos otros, una democracia que no haya asimilado esta lección será frágil y vulnerable. En este sentido, la memoria antifascista me parece de actualidad.

Las dictaduras han dejado un legado y algunos lugares de recuerdo. El tratamiento de estos lugares por parte de las democracias ha sido controvertido, por decir lo menos. ¿Qué se podría hacer con lugares como el Valle de los Caídos en España?

No creo en el mito de la “reconciliación” o el “recuerdo compartido”. Una sociedad democrática fuerte no debe temer a sus enemigos y debe otorgarles libertad de expresión dentro de los límites de la ley. Cuando se trata del recuerdo del fascismo en Italia y del franquismo en España, sería mejor reconocer su existencia que ocultarlos. Un estado democrático puede tolerarlos, sin asumirlos ni integrarlos en sus propias instituciones. Un estado democrático no debe establecer una visión oficial del pasado (como es el caso de las dictaduras), pero tiene el deber de reconocer sus propias responsabilidades. Por ejemplo, el reconocimiento de Chirac de la responsabilidad del Estado francés en la deportación de judíos o el reconocimiento de Emmanuel Macron de la tortura que tuvo lugar durante la guerra de Argelia son bienvenidos. En España, la “Ley de la Memoria Histórica” se mueve en esta dirección a pesar de sus limitaciones.

La cuestión de qué hacer con el Valle de los Caídos es compleja. Mi opinión es la de un observador independiente que de ninguna manera pretende tener soluciones mágicas. En mi opinión, la decisión de Pedro Sánchez de exhumar los restos de Franco y sacarlos del Valle de los Caídos es una buena decisión. Sin embargo, también es necesario quitar la gigantesca cruz en la parte superior del sitio para “desacralizarlo”. Luego podría transformarse en un monumento y museo con una presentación crítica de su historia. Se convertiría en un monumento en el sentido alemán de un Mahnmal (una advertencia para las generaciones futuras). No creo en la posibilidad de crear un lugar de recuerdo consensuado en el que republicanos y nostálgicos del franquismo puedan reunirse “fraternalmente” en nombre de la reconciliación nacional.

Tampoco creo en un memorial que sea un recuerdo de todas las víctimas de la guerra civil, poniéndolas a todas al mismo nivel y en el mismo lugar. Esta sería una elección hipócrita y no la política de memoria de un estado democrático. En este caso, sería difícil evitar la exhumación de todos los restos (tanto de soldados franquistas como de republicanos deportados) para enterrarlos en otro lugar, al lado o en otro lugar. Dicho esto, no estoy al tanto de todas las proposiciones que se han hecho y mi posición no es el resultado de un estudio en profundidad o de una extensa reflexión sobre el tema.

¿Cómo ha afectado el neoliberalismo a nuestra percepción del tiempo? ¿Cómo influye en nuestra visión del pasado, el presente y el futuro?

El neoliberalismo comprime nuestra vida en un presente eterno, un mundo dominado por la aceleración que nos da la impresión de un cambio permanente, aunque los cimientos sociales y económicos permanezcan estáticos. La sociedad de libre mercado promete satisfacer todos nuestros deseos - nuestras utopías se vuelven individuales y se “privatizan” - en el contexto de un modelo social y antropológico que da forma a nuestras vidas, instituciones y relaciones sociales. En una sociedad neoliberal, el pasado se cosifica y el recuerdo se transforma en un artículo de consumo modelado y difundido por la industria cultural. Las políticas de la memoria -museos y conmemoraciones- se someten a los mismos criterios de cosificación (rentabilidad, cobertura mediática, adaptación a gustos

predominantes, etc.)

Inventar y sobre todo imponer diferentes plazos no es tarea fácil. Conectarse con la temporalidad del pasado (disparar a los relojes de las torres de las iglesias para detener el tiempo, según la famosa imagen de Walter Benjamin) o inventar marcos temporales que no se sometan a las reglas de la sociedad de libre mercado es el gran desafío al que se enfrentan todos los proyectos alternativos. Los movimientos sociales de los últimos años como el 15M, Occupy Wall Street, Nuit Debout, etc. han sido experiencias interesantes en este sentido.

¿Qué es la “melancolía de la izquierda” y cómo puede el recuerdo convertirse en una herramienta de transformación social?

La melancolía de la izquierda siempre ha existido. Ha seguido a los fracasos de los movimientos colectivos y el colapso de las esperanzas de revolución. No busca pasividad ni resignación y puede favorecer una revaloración crítica del pasado capaz de preservar su dimensión emocional. Esto significa tanto llorar a los compañeros perdidos como recordar los momentos alegres y fraternos de transformación social a través de la acción colectiva. Necesitamos esta melancolía impulsada por el recuerdo, que no es obstáculo para la reactivación de la izquierda.

¿Cómo describiría la política del recuerdo que la UE ha implementado hasta ahora y cuáles son sus principales desafíos?

La misión esencial de la política del recuerdo de la Unión Europea ha sido fundamentalmente instrumental y decorativa: mostrar virtud mientras se adoptan políticas antisociales. Por un lado, empobrecer a Grecia, por otro, organizar conmemoraciones del Holocausto; por un lado, introducir el poder de la troika, un poder supranacional desprovisto de legitimidad democrática, por otro, proclamar los derechos humanos; por un lado financiando museos y conmemoraciones dedicadas a las víctimas del totalitarismo y el genocidio, por otro, cerrando meticulosamente las fronteras y negándose a adoptar una política común de acogida de refugiados. Esta hipocresía solo puede tener consecuencias perjudiciales. El ascenso de la extrema derecha es prueba de ello.

europeanmemories.net. Traducción: G. Buster para Sinpermiso. Extractado por La Haine.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/sobre-la-complejidad-del-pasado>